REFLEXIONES SOBRE ADONDE HA IDO LA TEORIA DEL NEO-CORPORATISMO Y SOBRE ADONDE PODRA IR LA PRAXIS DEL NEO-CORPORATISMO (*)

Philippe C. Schmitter

Con esta colección de ensayos(**) — de la que surgirá un segundo volumen producido por un grupo internacional de trabajo «informal, inespacial y no financiado», sobre intereses políticos en los países industriales capitalistas avanzados— la discusión sobre el neo-corporatismo toma un nuevo curso. Hacia afuera, se mueve alejándose de su primera preocupación en relación con la estructura de la intermediación organizada de intereses, y poniendo un énfasis colateral en el proceso de formación de políticas y su implementación; hacia adelante, se mueve desde los esfuerzos iniciales para definir las propiedades distintivas del corporatismo y especular sobre sus orígenes y causas hacia un foco empírico sobre la medida de su presencia y las valoraciones de sus consecuencias. No es necesario decir que este «alejamiento» puede parecerle confuso a alguien — no a los participantes en los dos volúmenes(***) — pero es argüible que representa un progreso hacia un objetivo común. Podría definir este objetivo como la comprensión de cómo pueden ser resueltos los conflictos entre intereses organizados crecientes y de a quienes benefician cuando están continuamente sujetos a las contradicciones generadas por una economía industrial, pero capitalista, y por una política democrática, pero burocrática. Los autores, en esta y en la pri-

mera colección de ensayos, podrán discrepar en cuanto a la seriedad de estos problemas y en cuanto a la manera justa y legítima en que pueden ser resueltos, pero parecen estar de acuerdo en que estos problemas merecen más atención de la que hasta ahora se les ha venido prestando y en que se deben acercar a ellos sistemáticamente de una forma comparativa, utilizando nuevos instrumentos conceptuales.

Este no es probablemente el lugar para una relación sumaria por mi parte sobre el ahora vasto y multifacético debate sobre el «sentido» y el «significado» del neo-corporatismo societal, (casi) liberal. Previsiblemente, ya se haya examinado detenidamente en el seno de escuelas rivales de mayor o menor mérito y/u ortodoxia (Panitch, 1978; Bonnet, 1978) y despachado en conjunto como una meritoria contribución (Heisler, 1979). Estos y otros esfuerzos críticos (por ejemplo, Buksti y Johansen, 1977; Alemann y Heinze, 1979, Kastendieck, 1979) obviamente difieren considerablemente en la motivación ideológica y en la competencia científica — eso es de esperar — pero lo que todos ellos no tienen en cuenta (o dan por supuestos) son los elementos comunes a la perspectiva corporatista sobre políticas de intereses, elementos que constituyen una especie de paradigmáti-

ca revolución cuando se yuxtaponen a la forma «pluralista» de escribir y analizar el papel de los intereses organizados en la vida política de las democracias occidentales, ampliamente predominante:

1) Existen monopolios de representación de intereses y son importantes para explicar el comportamiento político y la política que de él se deriva.

2) Surgen jerarquías entre asociaciones que pueden subordinar y coordinar las actividades de todos los sectores económicos y/o clases sociales.

3) El ser miembro de asociaciones no siempre es voluntario, y existe una gran gama de arreglos, así *de facto* como *de iure*, tanto para ligar a los miembros con «sus» asociaciones, como para evitar que surjan otras que puedan competir.

4) Las asociaciones de intereses no son sólo recipientes pasivos de los intereses ya formados de los miembros, sino que pueden jugar un papel muy activo en la identificación y formación de esos intereses.

5) Las asociaciones de intereses no se limitan a transmitir las preferencias de los miembros a las autoridades, sino que gobiernan activa y coercitivamente el comportamiento de sus miembros, especialmente a través de las responsabilidades subrogadas para llevar a cabo la política pública.

6) El Estado puede que no sea un escenario por cuya ocupación peleen los intereses, u otro grupo de intereses con quien aquellos deban competir, sino un elemento constitutivo comprometido en definir, deformar, alentar, regular, permitir y/o reprimir las actividades de las asociaciones — y apoyado en su esfuerzo, al menos potencialmente, por una acción coercitiva y una llamada a la legitimidad.

7) Las asociaciones de intereses no son siempre entidades autónomas presionando al Estado desde fuera y buscando entrada a la menor oportunidad, sino que pueden ser, al menos parcialmente, heterónomas respecto a las autoridades públicas y pueden ser inducidas, a través de canales institucionales selectivos, a una corresponsabilidad en la definición de la política pública, por

no referirme, de nuevo, a la aplicación de esa política.

Pues bien, estos cambios en la perspectiva desde la cual se contemplan la naturaleza y actividades de las asociaciones de intereses, pueden ser considerables respecto a las conceptualizaciones previas del tópico, y significativos por derecho propio; pero sólo difícilmente hubieran podido atraer la atención y causado la sensación que el enfoque corporatista ha producido en los años recientes. Son los esfuerzos que se han hecho para explicar los orígenes, prácticas y consecuencias de estos cambios en cuanto a la forma en la que están estructurados los intereses, y en cuanto a la forma en la que participan en la definición de la política, los que han tenido éxito en propulsar la idea al centro del escenario en el análisis de la política de las sociedades industrial/capitalistas avanzadas. En sus ambiciones —y no han pecado de falta de ambición— los teóricos defensores del neo-corporatismo lo han unido a cuestiones tan importantes como la naturaleza del Estado, el espectro y el contenido de la política, la extensión de la gobernabilidad de los regímenes democráticos, las variaciones en el equilibrio de las fuerzas sociales, la etapa del desarrollo capitalista, el grado de competitividad económica internacional, las tendencias de los ciclos comerciales, el impacto de las guerras mundiales —sin hacer mención a los aspectos normativos, tales como la equitativa distribución de beneficios a través de los sectores y entre las clases, el efecto de los arreglos extraparlamentarios en modelos territoriales y partidistas de expresión política, o la legitimidad de las estructuras corporatistas en las sociedades liberales, democráticas e individualistas. Esto no quiere decir que los estudiosos del corporatismo contemporáneo o neo-corporatismo, tengan respuestas a las preguntas, o incluso a las previsiones, que llevan realmente a tal «ruptura teórica»; pero sí que se han acercado a ellas abiertas y agresivamente. Además, las cada vez más profundas diferencias entre ellos han contribuido (hasta ahora) a un diálogo competitivo, pero constructivo, que mantiene la investigación abierta, viva y, de alguna forma, en movimiento tanto hacia adelante como hacia afuera.

A pesar de las maneras, a menudo confusas, con las que han procedido, y a pesar de la persistencia de importantes diferencias, tanto normativas como conceptuales, existentes entre ellos, el

CUADRO N.º 1

TIPOS DE INTERMEDIACION DE INTERESES Y MODOS DE FORMACION DE POLITICAS

Intermediación de intereses a través de:	Formación de políticas por presión	Concertación
Pluralismo	Ejemplos: Presiones políticas americanas clásicas; política laboral francesa.	Ejemplos: embrionaria política italiana de cooperación entre los sindicatos y el estado; «Vernehmlassung» suiza.
Corporatismo	Ejemplos: los frustrados esfuerzos británicos para negociar un contrato social; «cure d'opposition» en los sistemas corporatistas de Suecia.	Ejemplos: Paritätische Kommission austriaca; el tratado de paz social suizo; democracia sueca del «Harpseud».

diálogo entre los miembros de lo que se ha dado en llamar la «Internacional anti-Corporatista» ha producido, desde mi punto de vista, algunas importantes clarificaciones y desenterrado algunos problemas constantes para la futura investigación de la política de intereses organizados:

1) El mismo nombre, «corporatismo», continúa siendo un problema. Evoca fácilmente el espectro del sistema fascista y autoritario y, por lo tanto, conduce a una rápida presunción de que inicialmente debe ser producido por una imposición coercitiva y sostenida solamente por la continua inyección de fuerza física y manipulación simbólica. A los escandinavos, en particular, parece que se les pusieran los pelos de punta sólo con pensar que la creación y el mantenimiento de tales arreglos en su parte del mundo no pudieran ser el resultado de un cálculo voluntario ni ser rigurosamente fiscalizados por el público en general a través de controles democráticos. Por lo tanto, cuelgan la etiqueta, «pluralista», sólo por el hecho de la presencia de intereses múltiples, y a pesar del hecho de que ni la estructura de la intermediación de intereses ni la de la realización de la política tenga mucho parecido con el sistema de superposición de competencias, intercambio de combinaciones, alianzas múltiples, generación espontánea y débil organización tan celebrados por los pluralistas americanos que utilizan el mismo nombre.

2) El corporatismo no sólo ha demostrado ser una etiqueta difícilmente digerible políticamente, sino que ha sido difícilmente digerible conceptual-

mente. Ha llegado a ser una peculiar —aunque colorida— «macedonia» por el rápido crecimiento del número de científicos sociales que la han encontrado apetitosa (y, a veces, repulsiva). Algunos han alegado una estrecha colaboración entre las asociaciones de intereses y el Estado «corporatista»; otros lo han reducido a un mecanismo inventado por los capitalistas para una posterior subordinación y continuada explotación de la clase trabajadora. Incluso otros tienden a identificarlo con todas las tendencias hacia altos niveles de organización de intereses y contractualización explícita de los problemas, con o sin la presencia del Estado. Por último, hay quienes lo consideran un modo de dirigir la economía a nivel de las empresas.

Desde mi punto de vista, la confusión más productiva en el diálogo sobre el neo-corporatismo ha sido la que ha «opuesto» a los que lo definen como un modo distinto de organizar los conflictos funcionales de intereses —ya estén basados en clases sociales, sectores económicos o estatus profesionales— y a los que lo definen como un modo distinto de hacer y aplicar la política —ya sea en el campo de la política de rentas (conocida como su actual «tierra del alma»), o en el de la agricultura, salud, bienestar, etc. Podemos ahorrar parte del problema a nuestros lectores si los etiquetamos sistemáticamente como «corporatismo₁» y «corporatismo₂» y explícitamente analizamos la relación que pueda haber entre los dos.

Mi preferencia egoísta (desde que he sido identificado con el corporatismo₁) es conservar la eti-

queta de corporatismo para la intermediación de intereses. Al segundo lo llamaría «concertación», como distinto de su polo opuesto de hacer política al que llamaría «presión» (cuadro n.º 1). En el primero, los intereses afectados, organizados en la forma que sea, pasan a estar incorporados dentro del proceso político como negociadores reconocidos e indispensables y pasan a ser corresponsables (y, ocasionalmente, totalmente responsables) de la aplicación de las decisiones políticas, toman entonces una cualidad característica semi-pública o paraestatal. En el último, los intereses afectados permanecen esencialmente fuera del proceso político, como asesores u opositores en las cuestiones implicadas, y la implementación se realiza exclusivamente bajo la responsabilidad de las autoridades públicas, por mucho que puedan estar influenciadas por acciones autónomas de intereses organizados en el desarrollo de sus actividades.

En el segundo eje vertical, la distinción dicotómica sigue la que yo había esbozado en artículos anteriores, diferenciando entre los múltiples tipos de intermediación de intereses superpuestos, dispersos, no jerarquizados y voluntaristas —es decir, el pluralismo— y el tipo singular, concentrado, funcionalmente diferenciado, jerarquizado y obligatorio —es decir, el corporatismo.

Una hipótesis obvia es que existe una compatibilidad estructural o afinidad electiva entre corporatismo y concertación, y entre pluralismo y presión. Sería muy especulativo ir más allá y sugerir que han surgido históricamente en primer lugar elementos de centralización, monopolio, representación, etc. y que, por decirlo de alguna manera, han preparado la vía de una política de concertación inicial, la cual, en su momento, ha promovido una posterior corporativización de asociaciones de intereses (1). Donde los elementos de dispersión, multiplicidad y similares parecen más resistentes al cambio, por ejemplo en los países de temprana industrialización y con una fuerte tradición comercial, presentan una seria barrera para la concertación. La formación de las políticas se produjo a través de una forma de actividad autónoma de presión —lo que, a su vez, desalentó posteriores tendencias corporatistas a través de sus múltiples accesos y del reconocimiento de acuerdos.

Se piensa que los «habitantes» de los extremos

— 1) países en los que existen asociaciones centralizadas y unitarias de clase, sectoriales y profesionales a las que se niega el acceso y el *status* de concertación, o que eligen esta postura como una medida táctica a consecuencia del incumplimiento de los anteriores acuerdos; y 2) países que intentan llevar una multiplicidad de asociaciones dispersas, competitivas y superpuestas hacia una política regular de negociación e implementación — tienen serios problemas para dirigir sus sistemas de resolución de conflictos. Ya sea porque resulta imposible negociar con tantos intereses sobre bases consensuales (la tentación a pujar más [*surenchère*] es muy alta), o porque las consecuencias para la organización interna de las asociaciones corporatistas de estar «fuera» del proceso político, implicarán una fuente inagotable de problemas y un posible declive en servicios y miembros. Sin embargo, «deserciones» a corto plazo e incluso «desviaciones» a medio plazo parecen bastante posibles, de tal manera que las dos formas de definir las relaciones corporatistas no son seguramente ni teóricamente tautológicas ni empíricamente idénticas. Esta forma de conceptualizar las relaciones políticas y de intereses nos permite estudiar provechosamente y de manera abierta la diferencia que surgió tan pronto entre los estudiosos del corporatismo contemporáneo. Entre otras cosas, subraya las diferencias de perspectiva entre *Trends Toward Corporatist Intermediation* (Schmitter y Lehmbruch, 1979) y *Patterns of Corporatist Policy-Making* (Lehmbruch y Schmitter, 1982) y resalta el compromiso de Gerhard Lehmbruch y mío en realizar una encuesta en colaboración.

3) El corporatismo, se le defina como se quiera y aunque vaya precedido de cualesquiera adjetivos, no es, claramente, algo que una política tiene o no tiene. Con miras a una definición sería preferible definir los conceptos en términos de posiciones extremas con propiedades lógicamente consistentes, pero el mundo real está casi siempre situado en algún punto intermedio. Existen, desigualmente distribuidos, modelos parecidos a las prácticas corporatistas en todas las áreas. Temas tales como la agricultura, profesiones liberales, política del mercado de trabajo y de rentas han mostrado una tendencia mucho mayor a estar estructurados de esta manera que, por decirlo de alguna forma, la política monetaria, la protección ambiental o la planificación urbanística. Puede que haya importantes efectos de aprendizaje y dispersiones funcionales que podrían tenerse en cuen-

ta para la entrada progresiva del corporatismo en nuevos campos — este es el tema de un proyecto de investigación corporativa a gran escala dirigido por Gerhard Lehmbuch —, pero quizás también haya esferas políticas y de intereses que son muy resistentes a ser estructuradas y negociadas por representantes oficialmente reconocidos, monopolísticos, jerarquizados y coordinados, organizados en líneas sectoriales, clasistas y profesionales.

Una de las tareas de investigación es, por tanto, estudiar por qué surgen y persisten diferencias entre los países en la forma en que los intereses se organizan y son tratados dentro de las mismas áreas de problemas. Otra es la de explicar por qué, dentro de la misma política, surgen y persisten tales diferencias a través de áreas determinadas. Hacer generalizaciones diciendo que el corporatismo es un imperativo inexcusable de las contradicciones capitalistas en un momento dado de su desarrollo (normalmente, en su «último» momento), o una salida inevitable de la racionalización burocrática en etapas similares de complejidad organizada (normalmente en su momento «más alto»), no parece ser muy convincente, y puede que un acercamiento más sensible a las diferencias en las propiedades estructurales, trayectorias históricas, y, quizás, normas culturales, demuestre ser más rentable. Esto no quiere decir que tanto el desarrollo capitalista (nacional e internacional) como la racionalización organizada no sean importantes para comprender el surgimiento y posterior evolución del moderno corporatismo —podríamos decir que ambos son puntos de partida, y no puntos de llegada.

4) La tendencia a utilizar propiedades estructurales de tipo ideal para definir términos es probablemente inevitable, pero introduce un componente estático en los intentos de teorizar. No importa cuanto insista uno en los «procesos de corporatización» o en la incompleta y contradictoria naturaleza de la existencia de acuerdos corporatistas, el caso es que se llega a la impresión de que cuanto más se acerque un sistema al *Gestalt* lógicamente coherente abstracto del tipo ideal, será más viable políticamente y más automáticamente autorreproducible. El hecho de que en algunas políticas, cuyos intereses se acercan más al síndrome ideal típico neo-corporatista, esos acuerdos no funcionen siempre sin esfuerzo, e incluso no lleguen a obtener resultados consensuales —la re-

ciente (1980) ruptura de las relaciones capital-trabajadores en Suecia, que finalizó en una prolongada huelga general y en el cierre patronal, nos da el ejemplo más dramático— se toma como una no confirmación de la teoría, no de su praxis, en un momento específico. Es como si cada elección amañada o cada golpe militar se tomaran como «prueba» de que la democracia no es un tipo de régimen viable o de que es lógicamente inconsistente. Hasta donde yo puedo discernir, nadie ha sugerido que la emergencia del neo-corporatismo, ya sea para la intermediación organizada, para definir políticas, o para ambas cosas, garantice el final de la historia. Las organizaciones y los individuos, con o sin tales acuerdos, continuarán luchando por conseguir la realización de sus intereses, aunque no necesitan siempre alcanzar tales acuerdos o llegar a la conclusión de que su perpetuación sea estratégicamente deseable— al menos no para todos los intereses implicados.

Por eso, los acuerdos neo-corporatistas se enfrentan a potenciales contradicciones que amenazan su continuidad como todos los sistemas de representación y conciliación de intereses.

Por una parte, sus estructuras monopolísticas, mayores recursos organizativos y más centralizados y coordinados mecanismos, probablemente les den una elasticidad incomparable con la de la mayoría de los acuerdos pluralistas. En cualquier caso, los profundos costes institucionales parecen ser más que suficientes para hacer que tanto los líderes como los seguidores de las asociaciones duden en afrontar los riesgos de una existencia más autónoma y espontánea. Retirarse de una negociación o de un *forum* determinado es una cosa; ir sin un reconocimiento oficial, sin autoridad delegada, sin subsidios públicos, sin contribuciones obligatorias, etc., es bastante diferente. Por otra parte, sin embargo, el corporatismo societal o liberal está muy débilmente legitimado por las culturas políticas en las que está asentado en Europa Occidental y, especialmente, en Norteamérica (ver en Anderson, 1979, una exposición autorizada de este punto). Sus restricciones a la entrada de nuevos miembros en el proceso político y a la elección entre formas de expresión alternativas y competitivas violan algunas normas tradicionales profundamente enraizadas en la conducta democrática. Sus elementos de jerarquía y obligatoriedad son claramente antiliberales. Su énfasis en la solidaridad colectiva, en la representa-

CUADRO N.º 2

FUENTES DE CONTRADICCIONES Y TIPOS DE RESPUESTAS EN LOS ACUERDOS SOCIETALES CORPORATISTAS

	Contenido sustantivo de la (s) contradicción (es)	
	Persistiendo el contenido sustantivo	Cambiando el contenido sustantivo
Emplazamiento institucional de la (s) contradicción (es)	En/entre asociaciones de intereses.	I. «Rebeliones de las bases». III. «Organizaciones tituladas».
	En otros modos de intermediación	II. «Movilización de clases». IV. «Movimientos de contenido único».

ción profesionalizada, en la afiliación pasiva, en la satisfacción delegada y en la desigualdad proporcional apenas coincide con el ideal cívico de una ciudadanía activa e individualista, de unas instituciones y unas prácticas públicamente responsables, carece de una base normativa socializada y de una explícita justificación ideológica que pudiera ser crucial para la continuidad de los acuerdos políticos cuando el rendimiento es menor o cuando surgen consecuencias indirectas o no se materializan compensaciones ya anticipadas.

Si los acuerdos neo-corporatistas son tan contingentes y tan vulnerables, y al mismo tiempo tan adaptables e institucionalizados, la posibilidad de su colapso puede ser relativamente indeterminada y puede depender críticamente de los orígenes y la intensidad de las contradicciones a las que tienen que hacer frente en un país y período de tiempo determinados. Creo que es útil conceptualizar esto en los términos de un simple cuadro con cuatro apartados, que estaría delimitado, por un lado, por el contenido sustantivo de los resultados en cuestión, y, por el otro, por el emplazamiento institucional donde este contenido encuentra su expresión. Dicotomizando el lado sustantivo, se podrían distinguir situaciones en las que el reto surge de alguna exacerbación de conflictos sobre los mismos temas «funcionales» que inicialmente dieron lugar al neo-corporatismo y a causa de los que ya están organizados para negociar, es decir, de los divergentes y contradictorios intereses de clases, sectores y profesiones diferencialmente localizados en la división del trabajo y en la distribución de la propiedad. Alternativamente, el reto a

las políticas de interés puede surgir desde nuevos o resurgentes factores de diferenciación fuera del espacio pre-existente y funcionalmente definido, es decir, desde factores como la raza, el lenguaje, la identidad regional, la discontinuidad generacional, la calidad de vida y semejantes.

En el segundo eje, se puede igualmente dicotomizar el marco en el que se puede manifestar el conflicto sustantivo. Por una parte, los conflictos pueden encontrar una expresión preferente en el área institucional de asociaciones permanentes de intereses específicos. Por otra parte, pueden incluir el uso de otros cauces de expresión de intereses, otras formas de acción colectiva, tales como partidos, movimientos, reivindicaciones de contenido único, etc. El cuadro n.º 2 desarrolla estas distinciones gráficamente y sugiere hipotéticamente cuál sería el modelo típico de respuesta política a cada uno de los cuatro tipos genéricos de contradicción a que tendrían que hacer frente los acuerdos neo-corporatistas (o a los que ya están haciendo frente).

1) *Rebeliones de las bases*. Para aquéllos que continúan interpretando los intereses políticos desde una perspectiva liberal o pluralista, la principal dificultad de las instituciones neo-corporatistas radica en la vulnerabilidad de sus procesos políticos internos a la insatisfacción de las bases (y en el hecho de que, al no ser instituciones corporatistas estatales o autoritarias, no pueden depender de la coerción estatal organizada para mantener a sus miembros a raya). Su uso de representantes y personal profesionalizado, su tendencia a de-

finir los intereses a través de un cálculo de consecuencias a largo plazo, su forma de intermediación, fuertemente agregada y jerárquicamente estructurada, su relativa seguridad de acceso y la garantía de los recursos derivados del reconocimiento oficial y de las subvenciones (semi-) oficiales, tienden a aislar a los líderes de las asociaciones de la inmediata percepción de los intereses que tienen sus miembros. Y, a la inversa, la proximidad e interdependencia con las autoridades públicas y su corresponsabilidad en la definición y aplicación de la política pública, coloca a estos mismos líderes en una situación de relación simbiótica con los funcionarios estatales.

En este escenario, el agudizamiento de conflictos entre clases «tradicionales», y las reivindicaciones sectoriales o profesionales se centrarán en los aspectos no representativos y antidemocráticos de las asociaciones de intereses existentes. Los miembros formarán listas de candidatos de oposición y las votarán, dejarán la organización (mientras esto es aún posible), se comprometerán en acciones colectivas no autorizadas (huelgas salvajes, incumplimiento oportunista de las regulaciones de grupo), desafiarán a los líderes, cuestionarán su legitimidad como portavoces o dirigentes privados, se alejarán de los más altos niveles jerárquicos de las asociaciones para seguir vías de acción más especializadas e independientes, etc. Estas rebeliones de las bases irán minando las instituciones neo-corporatistas desde dentro y harán que sean cada vez más incapaces de «cumplir sus compromisos» en las negociaciones con otras asociaciones y/o agencias estatales.

Aunque se ha amenazado con estas rebeliones, e incluso ocasionalmente se han llevado a cabo dentro de los más institucionalizados acuerdos neo-corporatistas, me pregunto si es posible que lleguen a ser suficientemente serias como para llevarlos al colapso. Los líderes de asociaciones oligárquicas tienen, por supuesto, importantes recursos a su alcance que pueden utilizar para «desanimar» a sus oponentes o para «atraerlos» a sus filas. Estos recursos han aumentado muchísimo en las instituciones neo-corporatistas, mucho más de lo que Michels imaginó, ya que aquellos también tienen poder sobre importantes bienes selectivos sin los que sus miembros no pueden elegir, o sobre bienes que necesitan autorización (licencias, permisos, arbitraje obligatorio) lo que puede ser utilizado coercitivamente para sancionar o

expulsar a disidentes y oportunistas. Si el uso de éstos medios de presión se considera imprudente o contraproducente, los líderes pueden responder tácticamente separándose temporalmente de los acuerdos corporatistas y/o adoptando ocasionalmente posiciones contrarias o intransigentes en negociaciones específicas, volviendo otra vez a la práctica de colaboración cuando ya se hayan calmado los ánimos (2).

En un nivel más fundamental, lo que esta voluntarista crítica liberal-pluralista ignora es hasta qué punto la moderna asociación de intereses se ha ido convirtiendo cada vez más en una agencia de servicios y cada vez menos en un foco de aspiración política o identidad personal. El afiliado paga unas cantidades por servicios prestados (y cada vez más lo hace involuntariamente) y pide a cambio algún tipo de eficiencia y efectividad en la actuación. El compañerismo, la autenticidad, la participación, la autoexpresión y cosas semejantes a las que él o ella aspira, se le ofrecen de manera más atractiva en un partido político o en un movimiento social, campo más apropiado para tales pasiones e imperativos morales.

2) *Mobilización de clases.* Esta tendencia de las contradicciones del neo-corporatismo a extenderse a áreas más amplias de elección pública y a otras formas de movilización política —en tanto en cuanto se mantengan dentro del nexo original de interés de clase, sectorial y profesional— es la que se acentúa por los críticos marxistas de la tendencia. Argumentan que, ya que el corporatismo no es más que un acuerdo superestructural entre instituciones, las cuales no pueden posiblemente resolver las contradicciones estructurales y de clases del capitalismo —éstas, por definición, sólo podrán ser resueltas por la revolución socialista— tiene que fallar en última instancia. A corto plazo, puede tener éxito, ganado a través de ajustes y paliativos *ad hoc*, y creando una ilusión de representación paritaria en la definición de políticas estatales; pero finalmente estas soluciones poco sistemáticas e inducidas por la crisis, se acumularán, crearán una irracionalidad política aún mayor, y harán que la totalidad del sistema de intermediación de intereses se vuelva cada vez más rígido e «instituído». Aún más seriamente, el neo-corporatismo virtualmente institucionaliza (y por tanto convierte en pública) una asimétrica distribución de beneficios y poder —restricción de salarios y prudencia estratégicas del lado de los tra-

bajadores; ganancias garantizadas y oportunismo estratégico del lado de los capitalistas. Los trabajadores llegarán a tener conciencia del «juego amañado» al que les han llevado a jugar con engaños (cómo o por quién no se especifica) y se rebelarán contra él. Sin embargo, puesto que las organizaciones de clases existentes están tan atadas a sus privilegios, y sus líderes son tan difíciles de sustituir, la renovada militancia de clase deberá encontrar formas de expresarse a través de cauces políticos diferentes y alternativos. A diferencia de los pluralistas liberales, que ven el rechazo limitado a una lista concreta de intereses específicos, sentimientos morales personales y aspiraciones democráticas formales, los críticos radicales enfatizan la emergencia de una amplia y militante conciencia de clase y la movilización hacia una variedad de formas organizativas e ideológicas más comprensivas: partidos políticos, movimientos sociales, corrientes intelectuales, etc. En vez de verse minado, el neo-corporatismo quedará desbordado.

Aunque este escenario para la desaparición del neo-corporatismo es, desde mi punto de vista, más realista y sensible a la naturaleza cambiante del compromiso del afiliado en las modernas asociaciones de intereses que el anterior, tiende a sobreestimar grandemente la posibilidad de un renovado impulso revolucionario en las condiciones de «guerra de trincheras» de las sociedades capitalistas contemporáneas, y a infravalorar la adaptabilidad, no sólo de las actuales asociaciones neo-corporatistas, sino también de los partidos políticos y movimientos sociales existentes —ninguno de los cuales, desde mi punto de vista, será fácil de desbordar o de sustituir. (3) Más cuestionable incluso es, desde mi punto de vista, la pretensión de que las prácticas del neo-corporatismo hayan beneficiado tan asimétricamente a los capitalistas a costa de los trabajadores. Las comparaciones internacionales pueden parecer sospechosas; pero difícilmente la evidencia podrá sugerir que las clases trabajadoras de Suecia, Noruega, Finlandia, Austria, Países Bajos, Suiza y Alemania Occidental hayan sido más explotadas que las clases trabajadoras menos incorporadas corporativamente, como las de Estados Unidos, Canadá, Gran Bretaña, Francia e Italia —especialmente cuando se considera no sólo los salarios nominales, sino también el empleo, la estabilidad de precios, los beneficios sociales, las condiciones de trabajo y el lugar que ocupan entre los ciudadanos. Incluso

si no tenemos en cuenta estos aspectos, por considerar que se deben a otros factores, dudo de que la mayoría de los trabajadores de los sistemas más corporatistas estén de acuerdo con la aseveración contraria de que estarían muchísimo mejor hoy si hubiesen tenido una acción más autónoma y militante en el pasado más cercano. Ciertamente si, bajo las presentes condiciones de crisis en el sistema capitalista mundial, estos acuerdos neo-corporatistas no sólo sobreviven sino que demuestran que son superiores en la negociación de una más equitativa distribución entre las clases sociales de los beneficios declinantes, o incluso de las pérdidas, entonces el escenario de las movilizaciones de los trabajadores para su rápida desaparición tendría como observación final que si este ensayo estuviera amenazado de alguna manera por las movilizaciones de clases, sería más probable que la amenaza procediera de las clases capitalistas, es decir, de los que se presentan como históricamente beneficiarios del neo-corporatismo, los cuales podrían descubrir que la continuidad (y especialmente la extensión) de tales acuerdos amenaza sus intereses a largo plazo.

3) *Organizaciones tituladas (entitled)*. Una tercera fuente de contradicciones y de tipo de resuestas sugiere que el neo-corporatismo estará amenazado por la aparición de nuevos intereses sustanciales en las preocupaciones actuales de los ciudadanos, o por el cambio generado por la emergencia de otras más antiguas y anteriormente subordinadas. Esto proporcionaría la base de una nueva ola de asociabilidad agresiva que probablemente trataría de entrar en los acuerdos corporatistas ya establecidos. De acuerdo con esta perspectiva, el neo-corporatismo ha tenido éxito durante tanto tiempo porque ha sido parcial. Principal o exclusivamente ha implicado a aquellos intereses generados por la división económica del trabajo en la sociedad —para abreviar, clases, sectores y profesiones. Esto ha permitido a esta clase de actores, mejor organizados y cooperativos, trasladar los costes de los acuerdos que mutuamente les benefician a los que están suborganizados o menos organizados. Si los intereses de estos últimos, es decir, inquilinos, arrendatarios, pensionistas, peatones, contribuyentes, trabajadores extranjeros, automovilistas, estudiantes, los que sufren la polución, pagadores de primas de seguros, televidentes, beneficiarios de servicios sociales, los pacientes de los hospitales, los sujetos pasivos de la política (utilizando una apro-

piada frase de Claus Offe) fueran crear asociaciones singulares, monopolísticas, jerárquicamente estructuradas y oficialmente sancionadas, los gastos, en principio externos, pasarían a ser internos dentro del sistema expansionista de la política de intereses organizados, y eso haría que las decisiones fueran mucho más difíciles. Además, algunos de los más modernos o más sobresalientes criterios de diferenciación — identidad étnica, localización regional, religión, sexo, edad, idioma, etc. — podrían romper completamente las categorías existentes o, donde no lo hicieran, infundirles una renovada pasión o fervor ideológico. Cualquiera de los dos cambios podría poner en peligro la base organizativa estable, la definición a largo plazo de los intereses y la capacidad contractual predecible de los intermediarios corporatistas existentes.

El problema con este escenario es que los diversos intereses titulados (*entitled*), orientados casi exclusivamente hacia la provisión de bienes públicos, deben depender del apadrinamiento y de la connivencia de las autoridades públicas para obtener suficientes recursos y accesos. Su corporatización parece ser menos «societal» que «estatal» en su inspiración, y esto plantea la cuestión de por qué los que tienen un poder formal pueden tener tal iniciativa, o si pueden hacer esto a causa de los derechos adquiridos que ya conllevan los beneficios de acceso privilegiado. En el supuesto de que la fuente de los nuevos o más destacados intereses resida en la «división cultural del trabajo», la necesidad resultante de movilizar identidades alrededor de amplios objetivos ideológicos haría insuficiente la corporatización. La mera participación especializada en un cuadro de compromisos y servicios políticos es un sustituto no adecuado para adquirir rango propio o para dominar el proceso político.

4) *Movimientos de contenido único*. Esto nos lleva, en resumen, al cuarto tipo de contradicción, en el cual estas reivindicaciones de nuevo *status*, estilo e identidad no pueden estar contenidas dentro de los límites de la «mera» intermediación de intereses, y se extienden a otras formas de actividad política colectiva. Esto abarca desde los *lobbies* de intereses públicos hasta las personas espontáneas, partidos «verdes» y otros movimientos. Sus objetivos específicos, su mayor intensidad, sus tácticas no convencionales y sus diferenciaciones contradictorias debilitarían las asociacio-

nes corporatistas existentes y apartarían la atención del proceso político en su conjunto de soluciones y tácticas que aquellas últimas son más capaces de manejar. Que esto sea suficiente para disolver los actuales acuerdos corporatistas o para frenar posteriores movimientos en esa dirección dependerá en último lugar de si las identidades culturales emergentes, sensibilidades de *status*, cálculos de posición, lealtades territoriales y/o demandas cualitativas son permanentes. ¿Serán capaces de desplazar, durante un período prolongado de tiempo, a las diferenciaciones «funcionales» inherentes a las relaciones de propiedad capitalista y a la división industrial del trabajo? Algunas pueden llegar a ser efímeras, especialmente en condiciones de renovada escasez. Otras pueden llegar a ser atendidas con éxito a través de concesiones simbólicas, reajustes territoriales, reestructuraciones partidistas y similares. Si esto es así, los aparentes cambios de contenido, a pesar de su estridente y ocasional capacidad de llamar la atención, difícilmente llegarán a tener éxito en contrarrestar la tendencia hacia el neo-corporatismo. Como mucho, podrían retrasar su surgimiento por un período de tiempo, o mantenerlo dentro de un estrecho margen de áreas políticas.

Por otra parte, si esta nueva reivindicación persiste, puede que no mine, desborde o extienda las prácticas del neo-corporatismo en las políticas de Europa Occidental o de Norteamérica, como los anteriores tres escenarios, pero muy bien podría desplazarlas completamente. Lo que tienen en común muchos de estos conflictos, a pesar de su heterogeneidad sociológica, es la importancia central de la territorialidad. Son esfuerzos para definir las reglas de decisión y el tratamiento de algunos segmentos del espacio político — sin tener en cuenta (y frecuentemente, a pesar de) el interés afectado, funcionalmente definido, por sus peticiones de protección del entorno ambiental, autonomía regional, uso lingüístico, igualdad racial, etcétera. Los partidos y las legislaturas han sido históricamente los lugares donde los intereses estructurados de tal forma han encontrado su expresión, y en los que se han tratado los compromisos que se referían a ellos. Si perdura el cambio en la reivindicación, esto podría reavivar (después de sustanciales reestructuraciones) precisamente aquellas instituciones políticas que han sido desplazadas en las décadas recientes, en las que la tendencia hacia la intermediación y la definición neo-corporatista de la política ha sido más marcada.

Francamente, es difícil predecir cómo llegará a ser, generacional y circunstancialmente, este cambio emergente hacia la territorialidad, pero de todos los escenarios de contradicción que he expuesto, este parece ser el que más probablemente afecte a largo plazo a la viabilidad del neo-corporatismo, desde mi punto de vista.

En la anterior discusión sobre escenarios y fuentes de contradicción, he asumido que el ímpetu por el cambio proviene de las resistencias y deserciones desde dentro de la sociedad civil, es decir, desde los grupos e instituciones económicas, sociales y culturales, y sus cálculos más o menos autónomos y racionales de sus propios intereses. Una posibilidad alternativa —sorprendentemente ausente en la actual y numerosa literatura— es que los problemas que ponen en peligro la supervivencia de tales prácticas podrían surgir desde dentro del propio «terreno» político. Ya sea porque hayan previsto un papel instrumental para el Estado o porque hayan asumido que las autoridades públicas y los funcionarios elegidos deberían ser proponentes activos del neo-corporatismo (siempre y cuando tengan la «relativa» autonomía para promocionarlo), parece que ninguno ha mantenido la idea de que los límites de su expansión o incluso las presiones para su disolución podrían venir de esos sectores. ¿No es posible que, en vez de facilitar la administración del Estado, tales acuerdos puedan eventualmente amenazar el *status* y los recursos de las autoridades públicas? ¿No podría ser que estos funcionarios encontraran que la devolución de la autoridad a los intermediarios neo-corporatistas y su presencia institucionalizada en agencias estatales pudiera privarles de su histórico *status* de productores de decisiones autorizadas y de garantes del interés público general —e incluso hacer este procedimiento más incómodo y más rígido el abanico de las opciones que tienen para tratar temas políticos específicos? ¿Qué pasa con los políticos profesionales? Sin tener en cuenta lo agradecidos que pueden estar a intereses específicos, ¿no podría ser que no pudieran resistir la interferencia progresiva y la superación de cauces partidistas, circunscripciones territoriales y procesos legislativos que, después de todo, constituyen su razón de ser? Planteo estas preguntas sin desarrollarlas, en parte porque la respuesta puede depender de configuraciones históricas muy específicas relacionadas con el papel, reclutamiento y auto-imagen de los actores políticos en diferentes países; en parte, porque

puede estar subordinada a cuál de los cuatro escenarios centrados sobre la sociedad civil se materialice en un contexto determinado. En cualquier caso, a mí me parece que la especulación en relación con la futura praxis del neo-corporatismo tendrá que prestar una atención más explícita a las percepciones e intereses de las autoridades públicas y de los funcionarios elegidos, y no sólo tratarlos como instrumentos pasivos o como facilitadores activos (4).

Karl Marx, en un momento de imprudente optimismo, proclamó que las sociedades sólo reconocen los problemas que tienen alguna oportunidad de resolver. Se ha dicho que los científicos sociales tratan de explicar sólo los fenómenos que ya han cambiado en ese momento o que incluso han desaparecido. Lo mismo ocurre con el neo-corporatismo. ¿Podría ser que, habiéndose propagado tan rápidamente y habiendo llegado a estar de moda tan deprisa, el neo-corporatismo haya demostrado ser un fugaz relámpago no sólo conceptual sino también empírico?

Ciertamente, se ha demostrado que el neo-corporatismo no es una panacea a la que puedan recurrir los que hacen política o las clases dominantes cuando quieran, como se ha puesto de manifiesto en Gran Bretaña con la difícil búsqueda de un «contrato social» duradero. Enfrentado con la resistencia de grupos y valores pluralistas preexistentes, el actual gobierno británico ha abandonado el intento y ha dado un giro total hacia una vía neo-liberal agresiva y de confrontación. A la inversa, se ha demostrado que, incluso donde se han practicado durante décadas, y donde se han extendido progresivamente hasta cubrir más amplias áreas políticas, tales acuerdos pueden desmoronarse bajo la presión de los crecientes conflictos sobre las «viejas» reivindicaciones, o el surgimiento de unas «nuevas» reivindicaciones territoriales —son testimonio de ello los recientes problemas de la *Harpsund Demokratie* en Suecia y la *Konzertierte Aktion* en Alemania Occidental.

Haciendo un resumen general, se llame societal, liberal o neo-corporatismo a secas, se enfrenta a dos problemas genéricos, los cuales pueden amenazar su continuidad: escasez y simetría. La escasez (o su ausencia relativa) afecta a los conflictos de intereses restringiendo (o aumentando) el superávit disponible a distribuir entre los partidos contendientes, con preferencias mutuamen-

te exclusivas. La simetría (o asimetría) lleva consigo la consabida equidad en la distribución de los beneficios obtenidos de tales acuerdos, especialmente mientras persisten y comienzan a producir consecuencias a largo plazo, indirectas y normalmente inesperadas.

Una hipótesis es que el moderno corporatismo es un «producto fuera de lugar», cuya emergencia se facilitó en gran medida por el más prolongado y rápido aumento en los salarios reales, productividad y producción total en la historia de Europa Occidental. Una vez que estas condiciones de expansión desaparecen (y ya lo han hecho, en general) aquellos intermediarios «centralizados», monopolísticos y burocratizados, y sus acuerdos políticos concertados, se irán con ellos — hundidos bajo el impacto de los descontentos populares y/o la absoluta dificultad de llevar a cabo los compromisos que de ellos surgen. ¿Y no es posible que estos sistemas, que han producido un almacenamiento de recursos asociacionales y pautas cooperativas durante sus buenos tiempos, encuentren más fácil «compartir pérdidas» en una coyuntura de declive económico y/o negociar reformas necesarias en sectores de producción estructuralmente obsoletos, que los sistemas más abiertos y voluntariamente pluralistas? Si esto fuera así, los relativamente superiores resultados de su respuesta a la escasez podrían contribuir significativamente a mejorar el único atributo que hasta ahora los ha esquivado: la legitimidad.

Obviamente es demasiado pronto para decirlo (y el «test» completo dependerá de cuán prolongado y severo sea el período de escasez), pero hasta ahora los signos apuntan a esta última salida. Acuerdos mutuamente aceptables entre asociaciones corporatistas, y dentro de compromisos corporatistas, serán ciertamente más difíciles de alcanzar, tal y como atestiguan los recientes sucesos suecos, y producirán resultados más tentativos y precarios, pero mi opinión es que la clase trabajadora, los grupos profesionales y los intereses sectoriales, como la agricultura, continuarán estando representados por asociaciones jerárquicas, burocratizadas y monopolísticas, las cuales, a su vez, estarán deseosas de negociar cooperativa y concertadamente dentro de los confines de una economía básicamente capitalista y serán capaces de garantizar el cumplimiento, por parte de sus respectivos miembros, de los acuerdos alcanzados en la cumbre. Por supuesto que

habrá tentaciones de recurrir a medidas más movilizadoras y de confrontación, pero la ausencia de una clara superioridad de beneficios en aquellos sistemas de intereses en donde desde hace mucho tiempo esa era la regla, más la presencia de costes bastante altos para las organizaciones comprometidas en tales técnicas pluralistas de presión, lo hace casi imposible —excepto como una mera estratagema que no ponga en peligro los acuerdos corporatistas existentes.

La escasez, sin embargo, lleva a la asimetría, o al menos a incrementar la atención hacia la misma cuando hay pocos beneficios a distribuir. En la discusión «ortodoxa» de este tema, que ha surgido en la literatura corporatista, se toma como axiomático que cualquier tipo de asimetría que exista (y se alega que es considerable) perjudica a la clase trabajadora, a los consumidores y a los clientes, para beneficiar a los capitalistas, agricultores y grupos profesionales. La implicación clara es que, una vez que esta asimetría se hace visible (y la escasez lo favorece) estos grupos perjudicados se rebelarán contra ella, ya sea derrocando a sus «traidores» sindicatos o a su líderes de asociación (escenario I en cuadro n.º 2), o moviéndose fuera del propio nexo corporatista y llevando sus luchas a las fábricas, calles y urnas electorales a través de movimientos sociales y partidos radicales (escenario II).

Este no es el lugar (y el tiempo tampoco lo permite) para una evaluación de este punto de vista «izquierdista» de las contradicciones del corporatismo. Por mi parte, y como ya se ha dicho anteriormente, creo que desnaturaliza la situación objetiva respecto a la simetría de los beneficios (aunque hay que admitir que es la determinación de las pérdidas y de las ganancias lo que realmente cuenta) y confía en una especie de romántico anarco-sindicalismo bastante fuera de lugar, con la «guerra de trincheras» organizada que caracteriza las relaciones de clase y sectoriales (ver Przeworski, 1979, que hace un brillante análisis de las «condiciones del compromiso de clase» bajo tales condiciones).

Mi sospecha es que la asimetría va cada vez más en la otra dirección y, por lo tanto, que la mayor amenaza para la supervivencia de los acuerdos sociales corporatistas viene de los que han sido considerados sus grandes beneficiarios. Aquellos que se supone que han recibido una desproporciona-

da participación en los beneficios — empresarios industriales, productores agrícolas y profesionales especializados— son probablemente los que más se resistirán a futuras extensiones del corporatismo, o incluso tratarán de «reducir» aquellos acuerdos que ya existen —especialmente bajo con-cominantes condiciones de escasez.

En resumen, creo que hay dos razones coyunturales y dos razones estructurales para el posible incremento en la resistencia por parte de los sectores, de las clases y de los profesionales privilegiados hacia el neo-corporatismo.

1) En épocas de fuerte caída en el ciclo económico, tales acuerdos hacen más difícil a los capitalistas hacer lo que históricamente han hecho bajo tales circunstancias, es decir aprovecharse de la crisis para debilitar a las organizaciones obreras y reducir los avances que los trabajadores habían obtenido en períodos anteriores de prosperidad y pleno empleo (5).

2) La desigual distribución de las prácticas neo-corporatistas en los países más industrializados pone en peligro la competitividad internacional de aquellos cuyas relaciones de intereses están más completamente corporativizadas, particularmente en comparación con aquellos países con sistema pluralista, o sin ningún sistema de representación autónoma de las clases económicamente subordinadas, donde es fácil incrementar el porcentaje de explotación a través de operaciones de constreñimiento del mercado.

3) Estructuralmente, el problema para los capitalistas, los agricultores e incluso para los profesionales privilegiados es que el neocorporatismo ha demostrado una alarmante (para ellos) propensión a «introducirse progresivamente» en nuevas áreas y a extender su nivel de negociaciones políticamente relevantes. Era aceptable, es decir, resultaba beneficiosamente asimétrico para dichos grupos, en tanto permanecía reducido (y aún lo está en algunos casos, como en Suiza) a los salarios y a las condiciones de trabajo, pero en el momento en que creció o amenazó crecer hasta incluir la administración de las fábricas en régimen de cogestión, los asuntos fiscales y de bienestar social, el control sobre los despidos y cierres, la política de inversiones e incluso la acumulación de capitales (ver las propuestas Meider en Suecia), comenzó a poner en peligro principios fundamen-

tales —los derechos de propiedad— de la economía privada capitalista. Ese es un precio potencial bastante alto a pagar por conseguir que los costos laborales sean predecibles y por la paz social.

4) Finalmente, y más probablemente, los capitalistas, los agricultores y los profesionales pueden llegar a ser cada vez más cautelosos respecto a una indirecta y, por supuesto, no intencionada consecuencia de su participación en los acuerdos corporatistas —la creciente autoridad de sus propias asociaciones sobre el comportamiento económico de sus miembros, sean individuos o empresas. Los trabajadores, por supuesto, hace tiempo que han aprendido que el precio de una efectiva acción colectiva era «el gobierno de clase», y hace tiempo que han estado deseosos de aceptar tal control sindical de sus comportamientos, dada la poca posibilidad de éxito que tenían confiando en la acción individual y espontánea. ¿Pero es posible que los capitalistas, con sus mayores recursos individuales y su ideología de competición individualista, quieran pagar los costos de sus intermediarios colectivos en forma de una efectiva devolución de alguna de sus capacidades de acción autónoma y su derecho a disponer de la propiedad privada — algo que parece crucial para la viabilidad a largo plazo del corporatismo en las sociedades industriales/capitalistas avanzadas? Lo dudo, y cuanto más perciban esto, menor será su entusiasmo (el cual, por cierto, nunca fue muy grande realmente) por el neo-corporatismo, y mayor será la tentación de retroceder hacia el más arriesgado, pero más prometedor, restablecimiento del neo-liberalismo.

Cualquiera que sea la validez específica de los argumentos anteriores, éstos apuntan hacia la más seria laguna en nuestro conocimiento de la política de intereses en Europa Occidental y en Norteamérica: ¿cómo y por qué los capitalistas se asocian para acciones colectivas, y cuáles son las propiedades organizativas que se derivan de tal acción, especialmente en el contexto de los acuerdos de política concertada o corporatista?. Un proyecto de investigación organizado por Wolfgang Streeck, Alberto Martinelli y yo, en el Instituto Internacional de Dirección de Berlín, espera llenar esta laguna mediante una encuesta comparativa a través de varios países de Europa Occidental.

Mi conclusión optimista para este trabajo es

que, por una vez, los científicos sociales puede que no hayan tenido éxito en identificar y etiquetar una relación política sólo después de que haya desaparecido o haya llegado a ser irrelevante. El neo-corporatismo permanece aún en gran medida entre nosotros y es probable que permanezca. *Patterns of Corporatist Policy Making* demuestra que puede atraer a estudiosos de varias disciplinas, orígenes y convicciones; que puede estimular nuevas y críticas investigaciones y que puede hacer uso de un amplio espectro de técnicas empíricas. Marx, por supuesto, pensó que la verdadera tarea de un filósofo-científico social no era explicar el mundo tal y como es, sino cambiarlo. Este libro es un paso en la primera dirección; si contribuye a lograr lo último es algo que está por ver.

NOTAS

(*) Traducción de Language Consultancy Service, revisada por la Redacción de PAPELES DE ECONOMÍA ESPAÑOLA.

(**) El autor se refiere al libro *Patterns of Corporatist Policy-Making* (LEHMBRUCH, G. y SCHMITTER, P. (eds.) - SAGE Publications, Londres y Beverly Hills, 1982) en el que apareció por primera vez este trabajo (N. del E.).

(***) Aquí el autor se refiere al libro citado en la nota anterior y a *Trends Toward Corporatist Intermediation* (SCHMITTER, P. y LEHMBRUCH, G. (eds.) - SAGE Publications, Londres y Beverly Hills, 1979). (N. del E.).

(1) El caso italiano, tal como lo describe M. REGINI en el Capítulo 3 del libro G. LEHMBRUCH y P. SCHMITTER (eds.), *Patterns of Corporatist Policy Making* (SAGE, Londres y Beverly Hills, 1982), sugiere una relación inversa con la concertación, emergiendo ésta (de forma embrionaria) antes del corporatismo en la estructura de asociación de intereses (al menos del trabajo) pero contribuyendo consecuentemente a este último. Obviamente, es prematuro juzgar lo que de ahí surge, pero plantea importantes preguntas.

(2) Se puede esperar mayor responsabilidad frente a la insatisfacción de los miembros en aquellas situaciones corporatistas en donde el proceso político interno de las asociaciones es paralelo a algún otro extra-asociacional que puede amenazar con poner en evidencia su declinante representatividad o legitimidad. Así, por ejemplo, la existencia de unas «elecciones sociales» o «Betriebsratwahlen» a nivel de empresa puede ser más importante que las elecciones para puestos dentro de los sindicatos.

(3) Irónicamente, en el único caso en el que esto está ocurriendo, es decir, en el Partido Laborista de Gran Bretaña, no se ha llegado a ello por su reacción frente al éxito de la implantación del neo-corporatismo, sino por el contrario, frente a las amenazas y trastornos provocados por el neo-liberalismo.

(4) Los anteriores comentarios sobre las contradicciones genéricas del neo-corporatismo son una versión extendida de los breves comentarios contenidos en SCHMITTER (1981).

(5) Aquí, no es necesario decirlo, la tentación de rechazar el neo-corporatismo puede muy bien depender del desarrollo paralelo, aunque independientemente, del partido gobernante. En donde los partidos conservadores, que tienen un espíritu neo-liberal en su política, tengan posibilidades de llegar al poder (o de mantenerse en el poder), es mucho más posible la resistencia frente al corporatismo o su abandono.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ALEMANN, U. von, y HEINZE, R. G., (1979) «Auf der Weg zum liberalen Ständestaat? Einführung in die Korporatismuskussion», págs. 38-49 en U. von ALEMANN y R. G. HEINZE (eds), *Verbände und Staat. Opladen: Westdeutscher Verlag.*
- ANDERSON, C. W., (1979) «Political Design and the Representation of Interest», págs. 271-98 en SCHMITTER y LEHMBRUCH, 1979.
- BONNETT, K. (1978) «Corporatist Developments in Advanced Capitalist Society Competing Theoretical Perspectives». Ponencia preparada para la SSRC Conference on Institutionalization, Sussex (September).
- BUKSTI, J. y JOHANSEN, L. N. (1977) «The Scope of Validity of the Corporatism Model». Ponencia preparada para el ECPR Workshop on Interest Group Strategy, Berlin (March-April).
- HEISLER, M. O., (1979) «Corporate Pluralism Revisited: Where is the Theory?», *Scandinavian Political Studies*, 2 (3): 277-97.
- KASTENDIECK, H., (1979) «Konzeptionelle Probleme der Korporatismus-Analyse», Ponencia preparada para la Arbeitskreis «Parteien-Parlamente-Wahlen» of the Deutsche Vereinigung für Politische Wissenschaft, Neuss (February).
- LEHMBRUCH, G. y SCHMITTER, P., (1982). *Patterns of Corporatist Policy-Making*, London and Beverly Hills, SAGE Publications.
- MICHEL, R., (1970) *Zur Soziologie des Parteienwesens in der modernen Demokratie*. Stuttgart: Kruener.
- PANITCH, L., (1978) «Corporatism in Canada». Trabajo enviado al ECPR Workshop on Corporatism, Grenoble.
- PRZEWORSKI, A., (1979) «Economic Conditions of Class Compromise». Manuscrito inédito, University of Chicago.
- SCHMITTER, P. C., (1981) «Interest Intermediation and Regime Governability in Western Europe and North America», págs. 287-330 en BERGER S. (ed.) *Organizing Interest in Western Europe*. New York, Cambridge University Press.
- SCHMITTER, P. y LEHMBRUCH G. (eds.) (1979) *Trends Toward Corporatist Intermediation*. London and Beverly Hills, SAGE Publications.